

• Al frente Una nación de apestados • Román Revueltas Retes



LA SEMANA
DE ROMÁN
REVUELTAS

Aprender de la adversidad

En primerísimo lugar podríamos trabajar para tener un país más *limpio* (...). Segundamente, no nos vendría mal ser más previsores en lo que toca a las finanzas personales (...). Y, en tercer lugar, podríamos reconocer que el Gobierno, después de todo, es capaz de hacer bien las cosas cuando las circunstancias lo merecen. Lo estamos viendo ahora mismo

De pronto, somos una nación de apestados. Los jugadores de Chivas viajan a Viña del Mar y los chilenos de a pie les espetan hirientes escarnios; el señor embajador de Estados Unidos (Mexicanos) en Israel protesta airadamente porque algún funcionario menor lanza la especie de la "influenza mexicana"; Cuba, primero que nadie, prohíbe los vuelos entre México y la isla; el mundo entero se cubre la boca cuando se aparece un azteca en el escenario. La publicidad de Burger King es ahora un agravio menor frente a la mayúscula condición de leprosos que nos atribuyen en el exterior (es más, parece poco probable que los "creativos" al servicio de la hamburguesería sigan manteniendo sus anuncios comerciales ahora que "lo mexicano" ya no es solamente la caracterización de un simpático luchador enmascarado sino la representación misma de un peligro directo).

Naturalmente, especialistas de certificadas militancias izquierdistas aseguran — como un médico-funcionario entrevistado por la Aristegui en la tele — que el virus proviene de California, USA, sin explicar cómo es eso de que un microorganismo infecte a las personas que van a cruzar la frontera sin contagiar primeramente a los habitantes de la propia comunidad. Es evidente, así, que tan afrentosa paternidad

nos resulta inaceptable siendo que, para mayor agravio, los virus de la gripe provienen generalmente de Asia, algo que los mexicanos todavía no hemos podido dejar debidamente asentado en el caso de este H1N1.

De una u otra manera, el origen de la epidemia ha quedado tan establecido como una marca registrada y el mero hecho de que las medidas más drásticas de prevención — la draconiana clausura de los restaurantes en el DeFectuoso, la supresión de las clases en toda la República y la devastadora cancelación de sucesos como la Feria de San Marcos en Aguascalientes — se

Dicho en otras palabras: más limpieza, más austeridad y más confianza

hayan tomado en nuestro país significa que México, hoy día, es un lugar muy poco recomendable.

Llueve pues sobre mojado: la violencia criminal había ya comenzado a golpear sustancialmente la industria del turismo, la estrechísima relación comercial con Estados Unidos (de América) provocó que el guantazo económico de la crisis mundial fuera demoledor

y la cacareada "guerra" del Estado mexicano en contra de las mafias criminales hizo que los más histéricos de los analistas de Washington nos calificaran de "Estado fallido". Y ahora, esto: una epidemia que ha reducido la capital más bullanguera del hemisferio a un cementerio de calles vacías, tabernas tapiadas y hoteles deshabitados; un país de ciudades fantasmales y pobladores enmascarados; y, finalmente, una economía colapsada ahí donde ya teníamos, precisamente, dificultades para crecer.

Podemos, desde luego, entregarnos al más disipado desaliento y cultivar las lamentaciones de siempre; ahí estarán igualmente, para consumo de los paranoicos, las infaltables teorías de la conspiración, historias tan esperpénticas como ésa de que Obama vino a negociar con Calderón la implantación del virus en el territorio nacional para favorecer a las grandes corporaciones farmacéuticas; y habrá también presunciones desafortadamente imbéciles como la de que el propio Gobierno habría comenzado la epidemia para distraer a la población de la angustia económica (curioso remedio, mil veces peor que la enfermedad).

Pero tenemos, de la misma manera, una oportunidad de corregir algunas cosas y de estar mejor preparados para un futuro que, desde ya, sabemos incierto. En primerísimo lugar podríamos trabajar para te-



ner un país más *limpio*: por dar un ejemplo, esos cajeros automáticos piojosos que los empleados lavan ahora deberían de ser desinfectados por principio y México no tendría por qué seguir siendo el muladar colectivo que conocemos ahora. Segundamente, no nos vendría mal ser más previsores en lo que toca a las finanzas personales: la presunta precariedad económica de los mexicanos no les impide, hasta ahora, vacacionar alegremente y tirar la casa por la ventana con cualquier pretexto. Y, en tercer lugar, podríamos reconocer que el Gobierno, después de todo, es capaz de hacer bien las cosas cuando las circunstancias lo merecen. Lo estamos viendo ahora mismo. Dicho en otras palabras: más limpieza, más austeridad y más confianza. ■■

revueltas@me.com



ARTURO BERMÚDEZ